

ECONOMIA Y PODER

PARA LA LIBERTAD SOLIDARIA

I. UNA NACION SIN PODER Y UN PODER SIN NACION

LO COLECTIVO Y LO PARTICULAR

En abstracto todos los venezolanos estaríamos de acuerdo en las metas de la sociedad: justicia social, democracia efectiva, independencia nacional... Constituyen el corazón mismo de la Constitución, del Himno Nacional, de los discursos patrióticos, de los propósitos que proclama todo nuevo gobierno, y toda asamblea anual de Fedecámaras.

Más allá de su vacía proclamación formal, no constituyen sin embargo ni la caracterización fundamental de nuestra realidad presente ni la meta rectora que orienta el ordenamiento de los recursos materiales y humanos.

Pudiera suceder que aun estando correctamente orientados subsistieran problemas, pues el logro de esas metas es una tarea larga y ardua. Pero en el caso nuestro no es que todavía no se ha llegado a la meta, sino que no estamos caminando hacia ella.

El Estado venezolano no ha ordenado todos los recursos de la colectividad y todos los esfuerzos humanos al logro de esas metas. Más bien su acción contribuye a que el supremo objetivo de la maximización de la ganancia del capital nacional e internacional sea impuesta a la colectividad y acatada, incluso aceptada, por ésta.

No afirmamos que mientras el capital busca su propia finalidad de maximizar la ganancia no produzca bienes para la sociedad; los produce. Pero, como lo veíamos en el número anterior, los fines del bienestar colectivo humano en Venezuela y los fines del capital son excluyentes como fines, aunque cada uno sea compaginable con alguno de los elementos del otro como medio: La ganancia del capital, el mercado, el estímulo a la iniciativa privada pueden ser instrumentos útiles en la medida en que la colectividad pueda utilizarlos en forma totalmente subordinada a los fines humanos.

El sujeto capaz de hablar, disponer, ordenar e imponer en nombre de la colectividad es el Estado. El impone en "nombre de la colectividad" los fines particulares del capital o los fines de toda la colectividad humana; según sea el caso se trata de un Estado capitalista o de un Estado

LUIS UGALDE

nacional venezolano.

Ya vimos lo que cuarenta años de Estado subordinado a los fines del capital ha producido. ¿No hay posibilidad de lograr un Estado promotor de los fines humanos de la sociedad entera: justicia, democracia, independencia nacional?

Dicho en otros términos, ¿es posible el trabajo productor de bienes y servicios que beneficien a todos los productores, un gobierno regido por todos los trabajadores nacionales y representando sus intereses y una colectividad nacional con voluntad y capacidad de gestionar la nación sin imposición determinante desde el extranjero?

LA CREACION DEL PODER

Estamos planteando lo que consideramos el problema político de Venezuela, es decir el problema del poder nacional. El poder está constituido por dos tipos de realidades que se condicionan mutuamente, pero no son idénticos ni reducibles el uno al otro: 1) poder de decisión para determinar las metas humanas de la colectividad frente a quienes quieren imponer las metas del capital; 2) poder de ejecución o capacidad para llevar a cabo con éxito las tareas allí fijadas. El éxito de un país puede fallar por cualquiera de ambos aspectos. Puede ocurrir que Venezuela no pueda fijar sus metas petroleras porque EE.UU. le impone otras o puede suceder que por falta de capacidad en la ejecución fracase en el logro de las metas fijadas. Puede ocurrir que no haya poder político para impedir que las decisiones del Estado estén determinadas por el capital, pero puede ocurrir también que se fracase por falta de capacidad colectiva para la eficaz aplicación de los recursos que permita alcanzar las metas correctamente establecidas.

Hablar sólo de falta de capacidad es el típico argumento de quienes detentan el poder y ocultan la verdad de que ha habido usurpación de metas: El capital ha obtenido grandes éxitos en sus metas (= fabulosas ganancias) en los últimos cuarenta años de Venezuela.

Pero hablar sólo del poder dominante —el imperialismo extranjero o la

burguesía nacional— infravalorando todo el problema de capacidad propia para hacer funcionar exitosamente a la nación sin intervención dominante del imperialismo y de la burguesía es dejar intacta una de las claves del posible éxito futuro.

Elevar el poder político de la mayoría venezolana para que logre imponer al Estado los fines nacionales humanos y elevar la capacidad de gestión eficiente de todo el sistema social para alcanzar las metas previstas son dos aspectos inseparables del posible éxito nacional.

PODER DEL ESTADO ¿PARA QUE?

Es un lugar común el gran poder del Estado en Venezuela, gracias a la posesión de la actividad petrolera y por tanto de la mayoría de las actividades económicas. Lo reconocen y celebran con esperanza futura los socialistas, lo lamenta Fedecámaras. Una muestra de este lugar común ofrecerá el "Proyecto de Bases para el Programa de Gobierno" presentado recientemente por COPEI: "En Venezuela, el Estado se ha convertido en el principal terrateniente, el principal inversionista, el principal productor de energía, el principal industrial, el principal banquero, y como consecuencia de todo ello, en el principal empleador" (pág. 7 y 8).

Con un Estado que con firmeza orientara sus recursos propios hacia áreas realmente prioritarias, la actividad privada no tendría más alternativa que reorientarse en beneficio parcial de la colectividad.

¿Por qué el Estado no tiene suficiente consistencia para hacer lo que conviene a la colectividad con los recursos de la colectividad? ¿Dónde reside el poder de los grupos económicos que contraponen sus propios fines a los fines de bienestar colectivo?

El Estado no es más que una posibilidad de aglutinar todo el poder colectivo legítimamente en una dirección y de sancionar a quienes se resisten. En abstracto, esa posibilidad puede ser usada por la colectividad y para sus intereses o apropiada por un sector parcial de la sociedad para sus fines particulares. En la sociedad capitalista y en Venezuela la estrecha asociación del gran capital nacional y transnacional subordinan el Estado a sus intereses. Esta subordinación penetra los contenidos mismos de las leyes, de las fuerzas de seguridad, del sistema educativo y del sistema administrativo además del ejercicio de todas esas tareas.

¿Pero no son los políticos los que manejan el Estado, si no con gran capacidad al menos con un gran interés de servir a las necesidades de la mayoría de los venezolanos? Así lo afirman y así parece con frecuencia. Sin embargo terminan haciendo lo contrario. ¿Por qué?

Resolver este problema diciendo simplemente que los partidos del "status" son partidos burgueses que siempre han querido ser expresión del capitalismo, parece una respuesta lógica, clara y con buena dosis de verdad, pero no del todo correcta.

Despojar de toda voluntad de cambio significativo a Medina, AD, Pérez Jiménez y COPEI no parece una apreciación objetiva y produce la ilusión de que en el fondo es sólo cuestión de que venga un gobierno que sí tenga voluntad. No negamos lo que puede haber de verdad en la distinción entre partidos del status y partidos revolucionarios. Pero, busquemos una explicación más verosímil y compleja.

EL MIEDO AL FANTASMA

Hace unos meses escuchábamos a un destacado político que en Venezuela el Estado —y los políticos— es como los niños que terminan asustándose con el fantasma que ellos han inventado para atemorizar a los demás. El fantasma son los grandes intereses capitalistas que asustan al Estado y sin embargo nada son sin él. El símil es expresivo y sugerente. En Venezuela los mayores consorcios capitalistas tiemblan si el Estado les retira sus favores, y, si continúa la displicencia estatal, se hunden. ¿Por qué entonces los políticos cuando acceden al gobierno no proceden a ordenar con firmeza todas las energías de la sociedad hacia metas de liberación humana? ¿Por qué los asusta tanto el fantasma?

1. Hay una primera respuesta que se escucha con frecuencia: Es que los capitalistas y los políticos del "status" son la misma cosa. Es imposible que estos se propongan fines distintos a los intereses particulares del capital.

Sin negar la lógica y la verdad de esta respuesta, pienso que no es del todo correcta: Son muchos los políticos que han entrado al gobierno con un verdadero deseo de transformación nacional. Creo que el Presidente actual inició su gobierno con verdadera voluntad de realizar cambios profundos.

Hay voluntad, pero ésta no llega a constituirse en voluntad del Estado —es decir medidas y acciones— firme y duradera.

2. Otra respuesta acentúa la imposibilidad de enfrentarse desde el gobierno a quienes financiaron la campaña electoral triunfante. Este argumento parece todavía más débil que el anterior. Es increíble que las ataduras del préstamo de unas decenas de millones de bolívares no pudieran ser rotas por el gobierno que maneja decenas de miles de millones.

3. Creo que la razón fundamental es el miedo; el miedo al fantasma; pero a un fantasma que no carece de

realidad. El poder político de los grandes consorcios capitalistas es muy superior a su poder económico y no guarda tanta relación con éste cuanto con la enorme debilidad política de toda la población fuera de los dispositivos capitalistas de presión y la gran incapacidad ejecutiva del aparato burocrático estatal.

El Estado venezolano en verdad no carece de recursos financieros, pero adolece de alarmante debilidad para el cambio:

- 1) por una incapacidad creciente de gestión eficaz propia.
- 2) por una ausencia de poder político organizado de las mayorías sociales interesadas en el cambio. A un embate de los consorcios no tiene qué poner.
- 3) Por una debilidad de los partidos de gobierno proveniente de su hipoteca a la clientela política mal acostumbrada. Esto hace que el aparato del Estado pierda su racionalidad instrumental en tareas específicas, para convertirse, en buena parte, en un inútil mamotreto orientado a mantener fidelidades electorales. Frente a esta situación cunde el desaliento entre los miles de funcionarios capaces y honestos que ven suplantadas las decisiones racionales por decisiones orientadas a premiar fidelidades electorales. Por cierto esta desviación también se da en la empresa privada donde notables inutilidades ocupan puestos claves por su apellido y vinculación con la propiedad. Sólo que aquí ocurre en la alta dirección nada más y allá penetra todo desde el portero hasta el ministro.

Valiéndose de esta realidad el capital amenaza al gobierno que no se someta a sus intereses con una escalada gradual:

1. Paralización o entorpecimiento algunas actividades importantes que están en manos de ese capital.

2. Campaña intensa de opinión dirigida por los múltiples medios de comunicación social para producir pánico y rechazo a las medidas de cambio en los sectores sociales ajenos y aun víctimas de los intereses del gran capital: medianos y pequeños empresarios, capas medias, sectores populares, Fuerzas Armadas, Iglesias, etc. No se escatima el empleo más inescrupuloso de falsedades. Por eso en las campañas no suele haber verdadera relación entre los argumentos esgrimidos y los motivos reales por los que el gran capital desata la campaña. Esta puede llevar en cadena a paralizar otras actividades y a desatar reacción en otros sectores.

3. Acciones y violencia provocadoras de un ambiente de inseguridad. Sin excluir atentados y asesinatos.

4. Levantamiento del fantasma de los desastres a que va a llevar el camino emprendido. Aquí se apela a la

amenaza del comunismo presentado como la negación de todo derecho y sentimiento humano.

5. Tratar de hacer ver a las capas medias y al propio gobierno el peligro de desbordamiento de los sectores populares que lo sumirán todo en la anarquía, el pillaje y el caos.

6. Si las medidas continúan firmes apelan a las Fuerzas Armadas y a la Iglesia para que, como últimos guardianes de la seguridad nacional y espiritual respectivamente, actúen para frenar drásticamente la marcha hacia el abismo.

La finalidad de escaladas como ésta es persuadir, al gobierno y a todos los deseosos de cambio, de que es preferible tolerar los problemas de esta sociedad a correr los riesgos del cambio. En todo esto el capital no actúa en nombre de sus intereses sino que alega el interés de la mayoría nacional que ellos expresan. Fabrica su opinión y la defiende como opinión pública.

Repetidamente este tipo de campañas se ha iniciado en Venezuela a raíz de las medidas más inofensivas y tímidas de los gobiernos y han logrado su modificación. Podría preguntarse por qué los partidos de gobierno que tienen amplia militancia, fuerte base electoral, organizaciones sindicales y muchas agrupaciones gremiales, no movilizan toda esta fuerza y multitud para defender las medidas. Sin duda por tratarse de partidos policlasistas con división interna de las tareas y las recompensas: las banderas para el pueblo y los reales para el capital. Llevamos veinte años de gobierno en permanente situación de "pacto social". Este resulta unilateral en sus beneficios conforme a aquella frase de Bolívar: "formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil".

El Estado y el gobierno de turno aun en el supuesto de un deseo de cambio carecen en buena dosis de los dos elementos más necesarios para contrarrestar estos ataques: capacidad de gestión eficaz propia, y la existencia de un poder ciudadano organizado y consciente de sus intereses reales, capaz de contrarrestar la presión de los intereses creados y presionar a los partidos. En la medida en que esto se dé, el Estado podrá contrarrestar cualquier campaña estableciendo una comunicación directa con la mayoría que realmente puede protagonizar gozosa y creativamente el cambio.

II. NECESIDADES Y POSIBILIDADES

A nivel de diagnóstico económico hay bastante coincidencia en Venezuela: dependencia, marginalidad, industrialización ensambladora, tecnología cara y sofisticada sin verdadera transferencia,



distorsión territorial y sectorial de la actividad económica... También se han enunciado con acierto suficiente política de tecnología, industrialización básica e intermedia, desconcentración territorial, integración vertical de la industria, impulso a la agricultura...

El problema reside más bien en el poder para llevar a cabo cualquiera de estos propósitos o el conjunto de ellos: 1) Poder en el sentido de que los interesados en estas correcciones puedan imponerse a los interesados en mantener la distorsión actual. 2) Poder como capacidad para instrumentar con gerencia propia esas tareas.

Se podría enumerar una larga lista de mecanismos, aprendizajes, saneamientos de la burocracia, etc., necesarias para lograr el desarrollo sostenido de esa capacidad. Pero volvería a ser una enumeración más de las que están hechas ya (quizá con algunas diferencias) pero sin ninguna esperanza en la medida en que la voluntad de quienes desean eso no se convierta en voluntad pública eficaz.

Por tanto, aunque esa capacidad la consideramos de primera importancia, en esta artículo vamos a limitarnos a hacer algunas consideraciones del otro sentido del poder.

PODER DE LA MAYORIA

La constitución de este poder requiere una nueva politización en Venezuela. Politización que no rechaza a los partidos políticos sino que cuestiona su actual papel y trata de modificar lo que hoy hace posible su desviación. Politización en la línea de lograr agrupaciones ciudadanas y gremiales capaces de hacer

planteamientos a los partidos y obligarlos a ser vehículos del público e instrumentar con precisión la ejecución de lo planteado.

Actualmente el poder de la mayoría es tan inexistente y la manera en que los partidos perciben sus necesidades tan distorsionada que los problemas reales no encuentran cauces en la política. Son bloqueados por los intereses creados. El Congreso nacional ya casi no significa nada. No sólo por el fuerte ejecutivismo de nuestro sistema formal, sino sobre todo porque las decisiones asignadas a él se toman en restaurantes y conciliábulos en casas de empresarios para venir al Congreso solamente a levantar la mano en dirección previamente acordada. Los discursos parlamentarios (un género literario bastante trasnochado para decidir políticas serias) apenas sirven de desahogo y válvula de escape a la real carencia de poder.

Venezuela necesita una manera de exigir y castigar al Ejecutivo y al Legislativo por su labor como "delegados del pueblo". Necesita un movimiento ciudadano en torno a problemas muy específicos. Y parece ser que este movimiento está naciendo. Movimiento que tiende a desbordar a los partidos políticos y obligarlos a una nueva manera de hacer política.

ALGUNOS SINTOMAS

Hay síntomas de que este movimiento múltiple y variado hoy es posible y eficaz. La experiencia general es que en cualquier medida que enfrenta al capital por una parte y al usuario y al trabajador por la otra, sale vencedor el capital. Ejemplos: los proyectos de saneamiento de la televisión, la reforma tributaria, el freno

a la especulación de tierras urbanas, la reubicación de las industrias, etc. Pero hay abundantes experiencias particulares en las que los movimientos cívicos han hecho retroceder al gobierno y escuchar más a los usuarios que al capital: La defensa de los agricultores de Bailadores contra el proyecto de explotación minera, la defensa de San José y La Pastora, la defensa del valle del río Turbio contra los terrópagos constructores, los numerosos casos de construcción de pasarelas sobre avenidas (La Guaira por ejemplo), el freno a los desalojos arbitrarios en los barrios etc. Todo ello demuestra que el usuario tiene un enorme potencial político, aunque su poca articulación organizativa sólo esporádicamente le permite expresarse. Un caso muy llamativo es la repentina decisión de iniciar la construcción del metro de Caricuao tomada por el Presidente ante la emergencia demostrada por la población a causa de las inundaciones. Estos casos y otros demuestran que cualquier gobierno teme a la protesta ciudadana tanto como a Fedecámaras. Sólo que ésta vive siempre organizada y alerta y aquella hasta ahora sólo tiene esporádicos brotes meramente defensivos en emergencias. Con todo hay una diferencia a través de la cual se revela el significado clasista de nuestro Estado: cuando cede a presiones de trabajadores y usuarios se trata de medidas particulares, mientras que las leyes y el uso de la fuerza represiva siempre van a favor del capital. Fedecámaras lucha sobre todo para mantener el carácter clasista de las leyes; por el contrario hasta hoy los vecinos tienen acciones para resolver eventualidades. Si la ciudadanía expresara la actual apatía y desengaño de los partidos en una abstención masiva, también los partidos empezarían a tomarla en serio por su poder de castigar efectivamente.

También en el movimiento obrero hay claros síntomas de que la habitual entreguismo de los partidos mayoritarios y la venta de líderes sindicales empieza a ser castigada en favor de planteamientos más sinceros.

La mayoría de estas manifestaciones todavía no constituyen un movimiento político de base. Porque son de carácter meramente reivindicativo y esporádico y porque la mayor parte de las veces se limitan a reclamar al Estado y al patrono sin llegar a articular iniciativas de ejecución, formulación de políticas, diseño de proposiciones alternativas. En una palabra necesitan convertirse en generadores de políticas y no quedarse en meros consumidores con derecho a protesta. Solamente hay politización cuando más allá de una circunstancia particular el obrero y el usuario de los bienes y servicios avanza hacia la comprensión económica y polí-



tica de la sociedad. Así se llega a vislumbrar una sociedad distinta donde la calidad del trabajo y de la vida sean los fines y no meros instrumentos para la ganancia del capital.

ESPERANZAS DE UN CAMBIO POLITICO

Naturalmente es difícil predecir el mayor o menor avance en esta dirección. Ello depende de factores en parte imprevisibles, así como de la honestidad de algunos partidos políticos ya existentes y de la consistencia de iniciativas cívicas hoy en marcha.

Toda formulación de alternativas y comprensión de sistemas sociales implica estudios y capacidades específicas. Sólo la protesta es indiferenciada. Hoy el talento profesional está secuestrado por el capital que lo contrata. Y no hay por ahora otra alternativa global; tienen que percibir un sueldo y este necesariamente viene del capital. Pero sí hay posibilidades y realidades inmediatas parciales esperanzadoras. Los profesionales son usuarios y son trabajadores, son habitantes de una ciudad (ciudades) sometida por el capital a una vida inhumana. En la medida en que van tomando en serio esta condición, fuera de las horas de trabajo su preparación se convierte en excelente auxiliar de los movimientos cívicos. Las universidades, sobre todo algunas, tienen crecientes posibilidades de vincularse con problemas cívicos concretos de barrios y urbanizaciones. Hay notables casos de egresados abogados, sociólogos, ingenieros... que ponen sus conocimientos al servicio de los trabajadores. Son pocos, pero cien de estos pueden más que diez mil de los que se acomodan en el servicio a políticas anti-nacionales del capital por la sencilla razón de que los conocimientos del vinculado al movimiento cívico se multiplican por todos aquellos que participan en él. En esta línea podrán avanzar los siguientes crecimientos políticos:

1) Trabajadores que no sólo sean capaces de discutir las reivindicaciones

monetarias más inmediatas del próximo contrato colectivo, sino los problemas integrales del proceso productivo y plantearse las alternativas.

2) Un verdadero florecimiento de agrupaciones de vecinos no ya en torno al trabajo sino en torno a la vida que comprende también la adquisición y uso de bienes y servicios.

Todos los aspectos que entran en las 16 horas en que estamos fuera del trabajo requieren foros de discusión y concientización, canales de expresión y presión de la población.

Hoy en esas 16 horas somos consumidores pasivos y manipulados de los bienes y servicios producidos por el gran capital para la maximización de la ganancia. Quien control la producción y venta está organizado y preparado. Ante ellos el público usuario de la vivienda, del transporte, de la televisión, de los medios de salud, de los centros educativos, de los medios recreacionales, de los artículos de consumo más variado, es todavía un inmenso rebaño amorfo e impotente para los efectos de hacer valer sus metas y aspiraciones humanas.

En la medida que haya clarificación, organización y movilización en torno a la defensa de las metas humanas en la vida cotidiana, los gobernantes se verán obligados a anteponer los fines humanos a los fines del capital. Si este no quiere producir en las condiciones exigidas, el Estado tendrá el apoyo de una mayoría no manipulable para asumir esa producción.

No es fácil que sean los partidos los primeros en plantear los programas. Son los usuarios organizados quienes deben expresar cómo han de ser los servicios de salud. Los partidos serán un medio para elevar al gobierno y convertir en decisión del Estado esas exigencias. La resistencia de los intereses creados, será vencida no sólo por los partidos, sino principalmente por los usuarios. De manera que antes que una agrupación por partidos ha de haber una agrupación por problemas específicos de los propios afectados. El país está hoy tremendamente despolitizado aunque sometido a dos años de campaña electoral. Cada día más en la sociedad contemporánea y en Venezuela hay una falta de opinión pública. Se llama así a un producto del que el público es mero consumidor. Los productores de opinión son cada vez más enormes empresas capitalistas que manipula la noticia.

3. Unas Fuerzas Armadas cada vez más familiarizadas con la idea de que defender al país es defender su independencia económica, la vida digna de todos sus habitantes, el robustecimiento de todas las formas de participación que tienden a la eliminación de la opresión, no subordinarán su función al cuidado

de una "seguridad nacional" entendida como seguridad del capital y opresión del hombre como ocurre en Uruguay, Brasil, Argentina, Paraguay, Chile... Unas Fuerzas Armadas así no se dejarán arrastrar por la propaganda de que cualquier cambio para hacer que todos los recursos se destinen a las metas humanas y no a la ganancia del capital, significa instaurar el comunismo.

4. Unas Iglesias que tengan cada vez más clara: su función liberadora integral y la subordinación de todos los intereses económicos a los fines humanos de una sociedad solidaria y fraternal, no se convertirán —como ha ocurrido con frecuencia— en las propagadoras de un pánico irracional cuando se toman medidas que buscan la liberación interna y externa de la mayoría nacional.

5. Los partidos a medida que crecen tienden a adaptarse y plegarse a las actuales condiciones del poder: desproporción total entre un capital organizado y consciente y una población sin poder.

Mientras el capital pueda castigar al gobierno y a los partidos por no subordinarse a él y los trabajadores-usuarios no tengan medios de castigo, el Estado no buscará el beneficio de la mayoría venezolana.

Una conciencia y organización de los usuarios en torno a problemas específicos, se resistirá a las absurdas campañas de los medios.

Una población trabajadora consciente de lo que Venezuela requiere para ser independiente en el campo productivo y capaz de asumir en forma creciente y eficaz las tareas de producción, puede visualizar y posibilitar la gradual instauración de los fines humanos sobre los intereses del capital en toda la actividad económica.

Entonces es posible que el Estado sea representación de esta mayoría y que el gobierno correspondiente sea realmente ejecutor de los intereses objetivos y de la voluntad de esa mayoría.

El cambio en Venezuela vendrá por el crecimiento en todas estas líneas y no por ninguna toma de poder abstracto o predica ideológica marxista. Mientras la mayoría nacional no articule su poder de decisión y ejecución en torno a los problemas nacionales, no habrá partido que pueda protagonizar el cambio. Los partidos a medida que se acercan a la posibilidad de su gobierno, se acercan también al poder, al poder de los grandes consorcios. Sólo en la medida que avanzan con el crecimiento del poder ciudadano, laboral, cultural, poder de los trabajadores y usuarios como contrapuesto al poder del capital para sus fines, podrán los partidos ser instrumentos de cambio. ○